

Henri Barbusse.

EL PACIFISMO MORAL

ES un hecho evidente que una de las características de la post-guerra ha sido la intensificación en el mundo entero del movimiento pacifista. La palabra misma nació unos diez años antes de la guerra. Asistía a una sesión del Comité de la «Sociedad Francesa para el Arbitraje de las Naciones», fundada por Federico Passy y Carlos Richet, cuando éste último, por primera vez creo yo, puso en circulación la palabra *pacifismo*.

Este movimiento que vemos desarrollarse de una manera innegable en la opinión pública toma dos formas diferentes: la racional y la sentimental.

Las campañas, obras e instituciones en las que se manifiesta el movimiento pacifista, tienen, en consecuencia, dos aspectos bien marcados: están basados en la idea de organización o en la moral. El pacifismo que se refiere a la primera categoría persigue principalmente las *causas* de la guerra (que son en definitiva el régimen social contemporáneo), tales son las organizaciones internacionales revolucionarias. El otro aspecto del pacifismo tiene que ver con las *consecuencias* de la guerra. Comprende a los que creen sinceramente, a los impugnadores y a todos los moralistas que comulgan con las convicciones o creencias religiosas o filosóficas. Tiene una forma íntegramente *individualista*, en tanto que la otra es esencialmente *colectiva*.

Se que no hay que hacer clasificaciones rigurosamente absolutas ni catalogar de una manera demasiado abstracta los grandes movimientos ideológicos que notamos en la realidad actual.

En la declaración que está escrita como subtítulo a la cabeza de la «Internacional de Impugnadores a la Guerra» (I. R. G.) se dice que esta Internacional, resuelta a no ayudar a ninguna especie de guerra—este crimen contra la humanidad—pretende también «luchar por la abolición de todas las causas». Pero este artículo de su profesión de fe no corresponde sino de una manera parcial y superficial a la realidad. Para ellos no se trata de las causas concretas originales sino de causas concretas inmediatas. Los que creen concienzudamente son cristianos o simplemente honradas gentes que rehusan prestar su concurso personal para el oficio que consiste en matar a su prójimo y hacer uso de armas mortíferas.

Esta forma mística del movimiento pacifista toma en la actualidad, como lo hago notar al principio, un desarrollo considerable. Ha dado lugar a la creación de múltiples organizaciones que tienen a menudo entre ellas lazos federativos que representan un conjunto internacional.

No puedo citar aquí la lista completa de estas ligas. Eso desbordaría el marco de este artículo. Menciono solamente el «Joint Peace Council» al cual están afiliadas las siguientes organizaciones pacifistas: «The friend's International Service Council» (Londres), la «Oficina Internacional Antimilitarista» (La Haya), La «Gilde Internationale de Coopératrices» (Londres), la «Reconciliación» (Viena), «La Unión de Pastores Antimilitaristas» (Ammerstol), «Comité de la Paz de la Sociedad de Amigos» (Londres), «La Internacional de Impugnadores a la guerra» (Enfield) y la Liga Internacional de Mujeres para la Paz y la Libertad (Ginebra). Todos los matices de opiniones

y de creencias son admitidos en el seno de estas asociaciones. Este último punto constituye un progreso característico sobre lo que sucedía antes. Recuerdo que en los primeros años de 1900, cuando yo era un pacifista sentimental, entrevisté al Cardenal Richard, el célebre arzobispo de París sobre si quería ser miembro de honor de la Sociedad para el Arbitraje, y me rehusó horrorizado porque algunos de los miembros de esta sociedad eran franc-masones.

Está fuera de duda que una noble convicción moral, acallando los imperativos de la conciencia y ciertas obligaciones impuestas por las leyes, da lugar a magníficos actos de heroísmo. Los ejemplos no han faltado: muchos apóstoles ideológicos han sacrificado sus vidas, o su libertad, o su fe inflexible en aras de su ideal inquebrantable. Yo mismo, después de la guerra, he rendido homenaje público por la belleza y la seguridad de ese gesto, especialmente en el Congreso Internacional de Ex-Combatientes de Ginebra, donde fundamos en 1920 la Internacional de ex-combatientes revolucionarios.

Hemos apartado, sin embargo, más y más claramente, tales medios de acción, a pesar de reconocer que tienen cierto valor de agitación y de ejemplo, porque nos han parecido ineficaces en definitiva contra la guerra. En el mecanismo formidable de una movilización, o aún del servicio militar en tiempos de paz, el sacrificio heroico de algunas personas no puede influir en la marcha de las cosas. Los poderes públicos no divulgan los hechos que pudieran influir sobre las muchedumbres. Jamás se ha sabido el número considerable de oscuros mártires que fueron fusilados durante la guerra por orden de los tribunales militares por haber querido ser consecuentes con sus bellas ideas. Hubo verdaderas hecatombes, principalmente en los países centrales. Se puede decir que esos hombres han cometido un verdadero suicidio que no bene-

fició a la causa humana, y que no podía beneficiarla, porque la conciencia desnuda y aislada es siempre vencida por el mecanismo de los hechos.

En primer lugar, los héroes de la resistencia a la guerra y del negarse a cargar las armas se apoyan sobre principios religiosos o casi religiosos cuya cultura y desarrollo es nefasto, por otra parte, pues esos principios predicán la resignación y la esclavitud y han sido en gran parte sembrados entre los hombres para mantenerse un prestigio espiritual, la explotación y la opresión del hombre por el hombre.

En segundo lugar, la actitud que observan y que preconizan los que creen en conciencia y los impugnadores, reposa en un error capital: el saber que se puede eliminar la guerra de la vida universal dejando, por otra parte, a ésta su organización, y su estructura social y política presentes. No es exacto que la guerra pueda desaparecer del mundo si estas causas permanentes,—basadas en el estado de lucha entre individuos y entre naciones, que hace el fondo mismo de la estructura social y política, que se impone en la actualidad en todas partes menos en Rusia,—no se modifica radicalmente. Las mismas causas producen los mismos efectos: los sacrificios individuales no modifican esta fatalidad científica.

Para aquellos que creen en conciencia que pueden realmente detener la guerra es preciso que formen la unanimidad o la casi unanimidad de los hombres, y esto es absolutamente imposible en el estado actual de la humanidad. Y si así fuera, este formidable consenso sobrepasaría la cuestión de la guerra y crearía un orden nuevo perfecto: si estuviéramos de acuerdo, sería en realidad criminal no utilizar esa omnipotencia que haría marchar el progreso humano por una sola y maravillosa ruta.

Lo que vuelve delicada la cuestión es que el principio individualista que se pone en el tapete se opone

al principio de la organización colectiva, la paraliza y no se puede hacer marchar en un mismo frente a las dos propagandas, porque están en disparidad. Aunque infinitamente simpáticos y magníficamente valerosos, los sentimentales y los moralistas son siempre los enemigos de los organizadores. En fin, la convicción moral puede variar gradualmente los impulsos imprevistos y terminar a veces en actos de locura común muy peligrosos.

Es por lo que insistimos en pensar que el progreso social debe ser únicamente organizado sobre bases prácticas y positivas. Los impulsos personales y el misticismo son fuerzas preciosas, pero que deben *seguir y servir* y no *preceder y orientar* esta organización positiva.

Por lo demás, aparece de una manera muy clara que aquellos que dirigen los movimientos basados en la fe y la obediencia a ciertos principios morales y sobrenaturales están empujados por la fuerza de las cosas a emplear en seguida otros métodos que se asemejan a los de los organizadores. El movimiento místico de la no-violencia en la India señala una prueba histórica notable, por confesión misma de mi eminente amigo y compañero de lucha Jawarharlal Nehru. Otro de mis eminentes amigos, Fenner Brockway, lo reconoce implícitamente. Para hacer presión sobre los gobiernos de tiranía hay que emplear los medios colectivos revolucionarios. Se comprende que por los métodos individuales no se obtendrá nada de los poderosos del día; y cuando leo en el gran Manifiesto contra el Reclutamiento y la Preparación Militar de la Juventud (que se lanzó al mundo entero), que es preciso «denegar a los Gobiernos el derecho de imponer el Reclutamiento», pregunto sencillamente a los eminentes firmantes, a muchos de los cuales admiro y estimo, por qué medios reales, por qué medios que no sean un cebo, pretenden ellos imponer este

punto de vista a los gobiernos y levantar esta colosal corriente de fuerza?

Para no citar sino un ejemplo, ¿puede alguien pensar que las repúblicas americanas habrían podido independizarse del yugo español únicamente por la dulzura y la persuasión?

(Exclusivo y especial para ATENEA)—Miramar, Francia, 1931.—Traductor: B. Flores Williams.